



Jordi Llovet. *Adiós a la Universidad. El eclipse de las humanidades*. Galaxia Gutenberg. 2011. ISBN: 978.8481.099.157

A través de este libro el autor narra sus experiencias vividas a lo largo de cuarenta y tres años de trayectoria universitaria, desde que iniciase su andadura como estudiante en 1965, hasta llegar a catedrático en 2008. El título del libro encierra un doble significado: por una parte, hace referencia a la despedida del autor de su faceta de profesor universitario en activo, al tiempo que también remite a aquello que se apresura a calificar como el final (acaso no definitivo) de la pujanza o crédito de las humanidades en el seno de nuestras universidades y sociedad. En su mayor parte, los doce

capítulos de este libro están estructurados de la siguiente manera: en primer lugar, se abren con un apartado de corte autobiográfico en el que el autor repasa las etapas y avatares de su formación y dedicación a la universidad, seguido de una parte teórica en la que se discuten aspectos diversos del hecho universitario, haciendo hincapié en el nuevo Espacio Europeo de Educación Superior establecido a partir del Tratado de Lisboa (en ocasiones, este apartado constituye la totalidad del capítulo). En el primer epígrafe, el autor relata sus primeros años como estudiante universitario; hace referencia a la situación en la que se encontraban las universidades, calificando de lamentables los planes de estudios, los métodos de enseñanza de muchos profesores y también la vida académica (en el sentido más amplio de la expresión); describe cómo se fue gestando la revolución estudiantil, entremezclada con anécdotas vividas sobre las cargas policiales que tenían lugar en las universidades y sus nefastas consecuencias sobre los expedientes de aquellos sufridos alumnos. Le sigue un segundo capítulo que recoge su etapa doctoral (*peregrinus ubique*); aquí lleva a cabo una crítica a los cursos de doctorado y a los famosos másteres que, para el autor, contienen una grave carencia; expresan una crítica dirigida a los directores de las tesis doctorales, entendiéndolo que todo el proceso gira en torno a ellos y no a los estudiantes que las llevan a cabo; califica de siniestro el procedimiento por el cual un profesor realiza el seguimiento de su alumno tutelado y repasa el proceso que ha de seguir un estudiante hasta conseguir su doctorado, todo ello mediante un lenguaje muy sencillo y directo.

Tras ese repaso, describe cómo ha sido su propia trayectoria hasta conseguir completar su doctorado, narrando algunos de sus viajes por Europa (Alemania, Francia e Italia) durante tres años cuya descripción nos recrea. Cuenta sus primeros años de docencia, el modo en el que -de forma casual- accedió a una plaza vacante de la asignatura de “Estética” en la Facultad de Letras, que dos años más tarde le arrebatarían en un concurso-oposición, narrando cómo fueron aquellos años, con sus anécdotas y su evolución. Un cuarto epígrafe concentra nuestra atención en la noble empresa de la literatura comparada; cuenta el autor cómo en 1997, una comisión examinadora le habría de juzgar de forma tremendamente favorecedora elevándole al rango de catedrático. Según nos relata, en aquellos años alcanzar una cátedra no tenía la menor complicación; lo que sí resultaba difícil era dotarla económicamente y que se acabase convocando el concurso público. En esta línea, y en palabras del autor, lo único que debería preocupar a la universidad -en lo que respecta a la promoción de su profesorado- es elegir de una manera adecuada a los líderes. Una vez bien elegidos los catedráticos, les competería a estos formar un equipo y hacer escuela. Seguidamente, va explicando cómo ha cambiado el procedimiento para acceder a una plaza de profesor numerario y conseguir una cátedra, momento en el que se centra en discutir sobre la literatura comparada. Con un nuevo apartado, nos acerca a los estudiantes, los profesores y la transmisión del saber. Hace una breve reflexión sobre la situación de los estudiantes, sobre el modo en el que han cambiado los comportamientos hacia el profesorado y sobre la concepción propia del saber; comenta cómo era la situación de los universitarios anteriormente y cómo es en la actualidad, lamentando que los estudiantes actuales ingresen en la institución de enseñanza superior apenas con el único propósito de poseer un título que les catapulte a un empleo, a pesar de tener una mínima competencia para su ejercicio. Para el autor, la transmisión del saber entre profesores y alumnos -en el presente- casi ha perdido toda la eficacia que antaño hubo tenido desde tiempos inmemoriales en el seno de la universidad.

El sexto capítulo lo destina a la investigación y la publicación. Relata cómo fueron sus primeras publicaciones, traducciones e investigaciones, las cuales asegura que no destacaron por numerosas, ya que lo que más le apasionaba era (es) enseñar, y a ello destinaba la mayor parte de su dedicación profesional. Con un nuevo epígrafe analiza el Espacio Europeo de Educación Superior (citado también como el plan Bolonia). Cuenta su experiencia al respecto, cómo lo vivió, y cómo el azaroso destino quiso que se entrevistara con su rector (quien acababa de asumir el cargo en su universidad), y a quien ofreció su ayuda. Participo

en el movimiento estudiantil y propuso una estrategia singular: consistía en actuar de una forma gradual, trasladando esas reivindicaciones (en presencia del rector), a las autoridades de la Generalitat con el propósito de lograr que el gobierno catalán las elevase hasta el Director General de Universidades y la propia ministra. A pesar de los esfuerzos -cuenta el autor- el propósito no avanzó; a partir de ahí, nos describe el modo en el que quedó finalmente definido el plan Bolonia. A su vez, transcribe algunos de los informes que enviaba al rector de su universidad; como resultado final, y días después de haber sido desalojados de la universidad, publicó en *El País* un artículo llamado “Bolonia, un diálogo posible” que también nos facilita. La universidad y la sociedad son los tópicos abordados en el siguiente capítulo; narra las anécdotas que contaba a sus alumnos universitarios para que así pudiesen aprender ciertas cosas de la vida. La razón de este método pretendía demostrar que si la literatura se vincula solo a las teorías más recónditas, no poniéndose al servicio de la vida misma (de la vida cotidiana), entonces las clases de literatura no servirían prácticamente para nada.

Lo que él llama las figuras del intelectual constituyen el noveno epígrafe. Los hechos aquí descritos tienen lugar tras una iniciativa del entonces alcalde de Barcelona, del cual se dice que inventó un ente académico-urbanístico llamado Cátedra Barcelona-Nueva York, con sede en ambas ciudades. La intención confesa de esta iniciativa fue establecer un diálogo universitario e intelectual entre las dos metrópolis, en cuya descripción se recrea. Otro de los temas que sigue en este entretenido índice, se refiere a las Humanidades y las nuevas Tecnologías. Comienza haciendo referencia a su habilidad para todo lo que supusiese tener que arreglar, tal vez consecuencia de su pasión por las habilidades manuales; comparte su primer invento: una máquina expendedora de chocolatinas, junto con otros también muy oníricos. Hace referencia a los grandes inventos de la humanidad, citando a personajes de la talla de Watt (1736-1819), Leonardo Da Vinci (1452-1519), junto con artefactos más recientes como los teléfonos móviles, los ordenadores o las nuevas formas de comunicación emergentes. En la recta final, centra su discurso en lo que él define como el Elogio de la Palabra. En este capítulo, el profesor Llovet comenta la importancia que la influencia del Humanismo tuvo sobre el lenguaje, la literatura epistolar y la filosofía, añadiendo selectas y cultas referencias sobre este particular hasta llegar a la denominada época de la Ilustración. Para concluir esta obra, encontramos un último capítulo cuyo título no deja lugar al error en lo que a su ubicación en este libro se refiere (Final). A modo de epílogo, justifica los motivos por los que el autor ha tratado los diferentes temas que aparecen en el libro

y cuáles han sido sus pensamientos iniciales. Cuenta –además– con un apartado de apéndices en los que el autor incluye un manifiesto redactado por diversos profesores de la Facultad de Letras de la Universidad de Barcelona a consecuencia del plan Bolonia, junto con una interesante carta abierta de la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca para una destinataria egregia (la entonces ministra Cristina Garmendia) cuyo contenido abordaba la problemática de las Humanidades. Por lo tanto, y a la luz de todos estos capítulos presentados, podemos afirmar que no encontramos ante un libro que, sin lugar a dudas, resultará del interés de cualquier lector que desee conocer cómo ha ido evolucionando la Universidad teniendo como telón de fondo las Ciencias Humanas.

Jesús Molina Saorín y Elena Tarín Rubio
Universidad de Murcia, Facultad de Educación